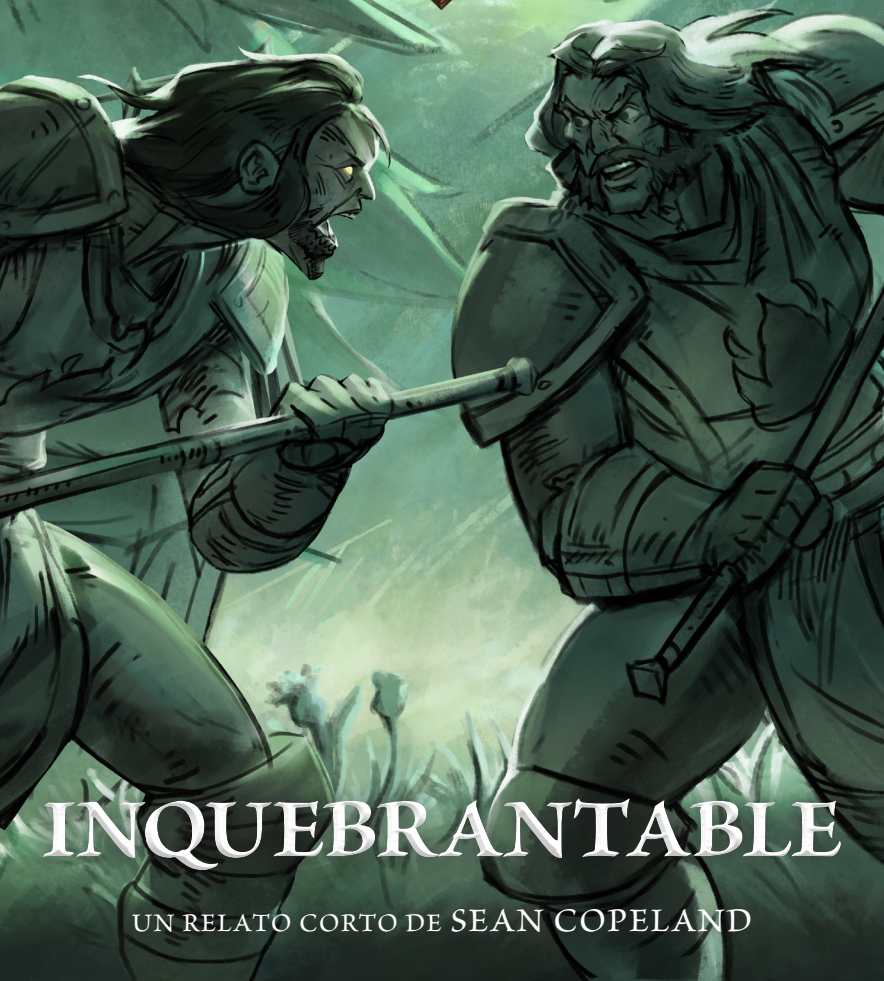




INQUEBRANTABLE

UN RELATO CORTO DE SEAN COPELAND

ESCRITO POR
SEAN COPELAND

ILUSTRACIÓN POR
SURFSIDE 3D

DIRECTORA SÉNIOR, DESARROLLO
DE HISTORIA Y FRANQUICIA
VENECIA DURAN

MÁNAGER SÉNIOR, TEXTOS Y LIBROS
MATTHEW COHAN

SUPERVISIÓN EDITORIAL
CHLOE FRABONI

EDITORA SÉNIOR
MEGAN WALKER

ARTISTA DE MARCA SÉNIOR
SOPHIE ERB

PRODUCTORA SÉNIOR
BRIANNE MESSINA

PRODUCCIÓN
CARLOS GARCIA RENTA, TAKAYUKI SHIMBO

EQUIPO DE CONSULTORÍA SOBRE EL JUEGO
RAPHAEL AHAD, JOSHUA GREENFIELD, PHILLIP
HILLENBRAND, JR., CHRIS METZEN,
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

ASESORÍA DE TRASFONDO
SEAN COPELAND

TRADUCCIÓN
ÁLEX NIELSEN, MANUEL MATA ÁLVAREZ-SANTULLANO



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



INQUEBRANTABLE

La hoja del cruzado Escarlata cercenó la cabeza de la renegada de un solo y fulgurante tajo. Dos paladines que estaban cerca se pusieron a vitorear como si acabaran de ver un truco de la Feria de la Luna Negra en lugar de una ejecución.

—¡Asesino! —dijo con voz áspera un renegado maniatado.

—Qué curioso que lo diga un maldito cadáver —replicó el cruzado con sorna.

Cormackladeó ligeramente la cabeza al oír la voz. Era una voz que jamás olvidaría y cuyo recuerdo no le suscitaba regocijo alguno. Un pariente lejano. Un amigo. Un hermano de armas.

Su asesino. El cruzado Escarlata Arec Mantoniebla.

El resplandor amarillo de unos ojos que no parpadeaban contemplaba la escena a lo lejos, inmóvil como algo que hubiera olvidado lo que era respirar. La Luz Sagrada empezó a acumularse débilmente en sus manos mientras se abría paso entre los arbustos. Su resplandor sanaba poco a poco la piel muerta que había debajo. Cormack sacudió las manos preso de un dolor repentino, como si le hubieran prendido fuego. El resplandor se desvaneció a la vez que el dolor.

El hombre brotó de los recuerdos fragmentados de Cormack y se materializó ante





sus ojos. Llevaba una armadura impoluta y una capa sin una sola mancha. Era el tipo de pulcritud que solo conservaban quienes jamás pisaban un campo de batalla a menos que se vieran obligados a hacerlo. Cormack apretó con fuerza el martillo de guerra, que ni siquiera recordaba haber sacado del arnés de la espalda.

—¡Cruzados! Honremos esta cacería con una pira. Purificaremos a estos monstruos como tributo a alguien importante. Veamos, para esto necesitaremos a un auténtico dechado de la Luz.

Arec chasqueó los dedos fingiendo haber tenido una revelación, mientras el nombre que tenía en mente retorció aún más la sonrisa sádica de su rostro.

—Conozco al alma perfecta. —Se dio la vuelta mientras se sacudía una mancha invisible del guantelete—. Gavinrad el Temible.

Aquel nombre hizo que algo se resquebrajara inexplicablemente en el interior de Cormack, que dejó escapar un grito gutural:

—¡Traidor!

Un martillo hecho de pura Luz salió disparado de su escondite y golpeó a Arec en el pecho. El impacto no produjo un sonido, sino más bien una detonación. El martillo golpeó con tanta fuerza que la onda expansiva abolló la armadura de placas y levantó la tierra donde había caído su cuerpo.

Cormack se lanzó a la carga con el martillo de guerra antes de que los demás cruzados pudieran sobreponerse a la sorpresa del ataque. Uno de ellos alzó la espada por puro reflejo para bloquear su avance, pero Cormack abatió a su portador con una facilidad insultante mientras los susurros de la Luz Sagrada seguían la trayectoria de sus martillazos.

—Deberías haberte quedado bajo tierra —dijo Arec entre jadeos mientras se incorporaba—. Pero ahora podré matarte dos ve...

Un segundo martillo de Luz interrumpió al cruzado a mitad de frase. Los huesos y la armadura se hundieron a la vez con satisfactoria contundencia, destrozando el casco del cruzado y obligándolo a quitárselo. El contraataque de Arec fue de una velocidad antinatural, ya que sus heridas y su inercia tenían la ayuda de la Luz Sagrada. El martillo de Arec atrapó la mano izquierda de Cormack bajo su enorme peso y estuvo a punto de cercenársela del brazo. Cormack gritó y puso distancia entre ambos para examinarse la herida. El icor manaba de la mano, que colgaba en un ángulo espantoso.

Arec se acercó lentamente a Cormack para rematarlo con el martillo de guerra.

—Hora de morir, monstruo.

—Por fin.

Arec tensó los músculos para asestar un golpe de martillo con todas las fuerzas que aún le quedaban al rostro sonriente de Cormack. No llegó a golpear. En ese momento, apareció un martillo de Luz desde arriba que se estrelló contra su cabeza descubierta. La sangre manó de la herida y le nubló la vista mientras el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Por un instante pareció imposible que pudiera seguir en pie. Y, sin embargo, lo hizo, sostenido por poco más que su estoicidad. Una estoicidad que solo serviría para ofrecerle a Arec una vista nítida de lo último que contemplaría en su vida.

Cormack corrió la corta distancia que los separaba a una velocidad aterradora, tan rápido que pareció dejar atrás su propia sombra. Se abalanzó sobre Arec y lo agarró en un gesto que parecía una burla de los incontables abrazos que ambos habían compartido como familia.

Cormack abrió las mandíbulas más de lo que jamás lo hubiera hecho en vida y hundió los dientes en la carne empalagadoramente dulce de la garganta expuesta de Arec. Arec abrió los ojos de par en par, sorprendido. Cormack apretó los dientes con toda la fuerza que pudo reunir y tiró la cabeza hacia atrás con una ferocidad salvaje. La carne de la destrozada garganta de Arec se desgarró como un trozo de tela mojada. La sangre salpicó armaduras y tierra. Arec dejó escapar un gorgoteo mientras los restos de su garganta se desprendían de entre los dientes de Cormack.

Permanecieron unidos en aquel abrazo mortal durante unos instantes hasta que las fuerzas de Arec acabaron por abandonarlo. Se desplomó mientras Cormack permanecía sobre él con la sangre corriéndole por la barbilla y goteando sobre su víctima.

Se hizo el silencio. No fue un silencio absoluto: todavía sonaba el traqueteo de la armadura de placas mientras el cuerpo se retorció en la tierra en sus últimos estertores. Era lo único que se merecía Arec. No obstante, Cormack se preguntó: «¿En qué me he convertido...?».

Cormack se quedó solo entre los restos de la caravana de renegados y sus atacantes. De repente, recordó a los supervivientes y se dio cuenta de que habían desaparecido, demostración de que habían huido en cuanto comenzó la lucha. Las huellas que encontró pertenecían a las almas presas del pánico que habían corrido, gateado y caminado como buenamente podían para poner tierra de por medio.





De repente, el dolor que Cormack había mantenido a raya lo obligó a hincar una rodilla. Lo que en vida siempre había conocido como algo cálido, familiar y reconfortante, ahora era agonía en su no-muerte.

Cada vez que recurría a la Luz Sagrada y la obligaba a abrirse paso por su cuerpo destrozado, recomponía una carne que se resistía de forma natural a su sanación, y eso le provocaba un dolor abrasador en unos nervios entumecidos que jamás deberían haber despertado de nuevo. Se agarró la mano destrozada, la colocó en el ángulo correcto para poder utilizarla y se preparó para canalizar la Luz a su través.

Musitó una oración sincera a la Luz para que le sanara la mano desfigurada. Y como siempre desde su muerte, la Luz respondió. De forma violenta y despiadada.

El tiempo perdió todo sentido al comenzar la sanación. Los huesos fracturados se unieron, impelidos a su pesar. La carne putrefacta se extendió sobre las partes de la mano donde los huesos estaban al descubierto. Cada centímetro del proceso de sanación le provocaba un dolor tan insoportable que la visión antinatural de Cormack se volvió blanca. Para mantenerse consciente, Cormack apretó con los dientes el mango de su martillo de guerra y gritó hasta que algo se fisuró en su mandíbula. El dolor de aquella nueva herida que sanaba se sumó a la sinfonía de sufrimiento que recorría todo su ser.

Cuando la divinidad de la Luz se desvaneció, Cormack permaneció arrodillado mientras movía el pecho en lo que parecía una imitación de la respiración. Pasó un largo rato antes de que pudiera reunir las fuerzas suficientes para ponerse en pie.

Mientras se levantaba, bajó la mirada hacia el tabardo que colgaba de sus hombros. Antes era de un blanco inmaculado, con unas marcas rojas que simbolizaban el fuego de un propósito, de la fe y de la certeza. Ahora, al igual que su cuerpo, no era más que un andrajo.

Lo rozó distraídamente con la mano. Por un instante lo vio como el día en que se lo habían puesto sobre los hombros. Parecía que la mismísima tela irradiaba Luz mientras el peso de un propósito se posaba sobre sus hombros en lugar de la carga de la no-muerte. Era el tabardo de la Cruzada Escarlata.

Cormack comenzó a seguir las huellas desde el lugar donde habían huido los supervivientes no-muertos. Tenía preguntas sobre su propia naturaleza, y solo ellos podían responderlas. Supuso que se lo había ganado después de haberlos salvado. El bosque se cernía a su alrededor mientras seguía el rastro de pasos apresurados. Aunque

estaba exhausto por haber usado la Luz, llegó a la razonable conclusión de que, incluso en su estado, el bosque que se extendía ante él estaba demasiado en silencio..., demasiado vigilante.

La impresión de que alguien lo observaba no desaparecía y, para su disgusto, esa sensación permaneció mientras seguía el rastro. Pero aquello que estudiaba a Cormack desde cierta distancia no era un animal ni los supervivientes que buscaba. No, era otra cosa.

Algo mucho más paciente.

No fue complicado seguirles el rastro. Nunca lo es con gente que huye presa del pánico.

Cormack avanzó por el denso bosque a un ritmo constante y sin prisas. Las botas se hundían en la misma tierra blanda que habían removido los pies de los fugitivos en su huida. Ramitas rotas, surcos poco profundos provocados por pasos irregulares y alguna que otra mancha de icor. Eran todo señales para quienes supieran interpretarlas, y el grupo no se había alejado demasiado.

Su improvisado campamento apareció ante sus ojos en cuanto los árboles comenzaron a clarear. Aunque no eran más que un puñado de cuerpos andrajosos que fingían descansar, todos se volvieron hacia Cormack en cuanto se acercó.

Lo reconocieron enseguida, pero no por su rostro, sino por el tabardo que llevaba. Todos salvo una de ellos alzaron unas manos temblorosas. Una no-muerta dio un paso al frente. Vestía unas largas togas raídas y remendadas, y sus ojos resplandecían con un enfermizo brillo amarillo que nada tenía que ver con la vida.

Cormack los observó en silencio.

—Me alegro de haberos encontrado.

La mujer habló en nombre del grupo.

—¿Para rematar la faena?

Cormack resopló ante esa acusación.

—No seas tonta. Entonces, ¿por qué os habría ayudado?

El tono de la mujer pasó del sarcasmo a la ira.





—¿Ayudado?! ¡Lo han destruido todo! —rio fuera de sí—. ¡Incluidas nuestras vidas! ¡Y ya estábamos muertos por culpa de vuestra maldita cruzada!

Cormack inclinó la cabeza, lenta y deliberadamente.

—Lo dudo —dijo—. No fuisteis lo bastante fuertes como para proteger lo que importaba, así de sencillo.

Las palabras cayeron sobre ella como una bofetada que no había pretendido dar. Su semblante pasó de la furia incontenida a un frío ánimo asesino. En sus palmas comenzaron a acumularse unas motas de fuego que se arremolinaban hacia dentro con movimientos caóticos. De repente, unas llamas cobraron forma alrededor de sus manos. El aire crepitaba mientras el calor y el frío de la noche se disputaban el control del ambiente.

—Repíte eso.

Cormack no tuvo que hacerlo; había visto aquella mirada incontables veces en el rostro de los vivos. No había respuesta que pudiera evitar lo que estaba a punto de suceder.

Una lanza de fuego ensordecedora surcó el aire en su dirección. No era limpia ni controlada, como los hechizos que había visto de otros magos; su trayectoria era furiosa y errática. Lo alcanzó de refilón en el hombro, calentando al instante la parte de la armadura que había rozado. El calor de las llamas de la maga le pareció una brisa cálida comparado con el dolor abrasador que sentía ahora que la Luz había respondido a su llamada.

Pronunció una rápida plegaria mientras se lanzaba a la carga, espoleado por la Luz.

La maga maldijo al verlo y erigió una barrera de magia Arcana a su alrededor al tiempo que, de sus labios, brotaban unas palabras rúnicas. Eran cortantes, rápidas y denotaban práctica. Las runas Arcanas se materializaron, solapándose unas sobre otras mientras la realidad se retorció para dar cabida a la magia.

El martillo de Cormack no iba dirigido a la maga, sino al suelo delante de ella. Una onda expansiva de fuerza y tierra se extendió hacia delante buscando que perdiera la concentración, tal y como le habían enseñado en el Monasterio Escarlata. La tierra se resquebrajó bajo el impacto del martillo de guerra, pero su enemiga había desaparecido.

Una ráfaga de viento gélido le golpeó la espalda. La escarcha se apoderó de las juntas de su armadura, se coló por las rendijas y congeló el tabardo que se le aferraba al pecho.

La maga había cambiado de posición y movía las manos para preparar su siguiente

ataque. La magia Arcana estalló hacia delante con una ráfaga de frío que congeló el espacio entre ambos de una forma tan intensa que cristalizó el mismísimo aire. Cormack luchó contra esas cadenas de hielo. La Luz brotó de su interior, no para defenderlo, sino para desafiarla a ella. Sus energías —o quizá los gritos del propio Cormack, no podía estar seguro— desgarraron el hielo, dividieron el aire y los devoraron a ambos.

El dolor de la Luz fue inmediato y abrumador. Su carne putrefacta se desgarraba allá donde la energía Sagrada se abría paso hacia fuera. El icor le manaba por los brazos, siseando y evaporándose por completo en las partes del cuerpo donde la Luz persistente lo sanaba. No se detuvo.

La maga volvió a cambiar de posición. La determinación de Cormack la había puesto visiblemente nerviosa y el paladín se le echó encima antes de que pudiera completar su hechizo. Blandió el martillo de guerra para asestar un golpe brutal. La maga se preparó para el impacto, confiada en la resistencia de su barrera, mientras terminaba su encantamiento. El golpe la destruyó al instante.

La cabeza del martillo alcanzó a la maga en el torso, y no en la cabeza, que era donde Cormack había apuntado, pero la fuerza fue más que suficiente. Se oyó el crujir de las costillas. Volaron fragmentos de hueso y piel. En un instante, el hechizo que se estaba formando entre sus manos se detuvo y estalló en una descarga de energía Arcana que los lanzó a ambos en direcciones opuestas.

Un instante después, la maga intentó levantarse, pero Cormack se cernía sobre ella con el martillo de guerra en alto. Apenas tuvo tiempo para rodar a un lado antes de que el martillo se estrellara contra el suelo. Tal fue la fuerza del impacto que dejó un pequeño cráter al lado de su cabeza.

La maga arremetió contra él con una pequeña descarga de magia Arcana. No había forma alguna en su patrón, ni tiempo ni preparación en su ejecución. Solo agresividad en estado puro. Cormack soportó el impacto. La Luz volvió a resplandecer, acompañada de sus gritos de dolor. La mano de Cormack, embutida en el guantelete, la agarró por la garganta, la levantó del suelo y estrelló su cuerpo en descomposición contra el suelo con una fuerza descomunal sin soltarla.

—Adiós.

Pronunció la orden en voz baja. La Luz había oído su llamada y había respondido. Un destello brillante de Luz salió disparado de su mano y atravesó a su cautiva. Era un

exorcismo dorado, radiante y carente de misericordia. Las energías sagradas penetraron en la maga. Le subieron hasta el rostro y le bajaron por el torso, abrasando cada centímetro de una carne no-muerta que parecía tan inflamable como el petróleo.

Cormack gritó mientras la Luz abrasaba a cautiva y taumaturgo por igual. Serpenteó por el brazo de Cormack, abriéndose paso a través de la carne destrozada con el mismo ardor que consumía a su enemiga. En un acto reflejo, estrujó con más fuerza su garganta, mientras apretaba la mandíbula con tanta violencia que se le fracturaron los dientes.

La maga, inmovilizada, se convulsionaba por la agonía de la Luz Sagrada que la consumía. Cormack se cernía sobre ella, contemplando su agonía, respirando sin necesitar aire.

La Luz continuó abrasándole el brazo, consumiéndolo a él tanto como a ella. Cormack no tardó en debilitarse por el inmenso dolor y dejó que se relajara su mano en cuanto su voluntad comenzó a flaquear.

—Basta —farfulló.

Las energías abrasadoras remitieron misericordiosamente, y la Luz desapareció tan rápido como él había solicitado que apareciera. Toda la zona quedó sumida en una terrible calma. La maga, con un ataque de tos, escupió icor mientras dejaba escapar una risa entre el dolor.

—Vaya. Que me muera otra vez si lo que veo no es cierto —alcanzó a decir—. Después de todo, eres como nosotros.

Cormack no respondió. No tenía por qué hacerlo; el puño cerrado que iba aflojando lentamente a su presa decía mucho más que su silencio.

—Sé lo que ves —le espetó ella—. Abominaciones. Seres a los que hay que matar sin piedad.

Clavó la mirada en el tabardo de Cormack.

—Pero si te quedaste mirando cómo disfrutaban antes de detenerlos. ¿Por qué, cruzado? ¿Tú también lo disfrutaste? De entre todas las abominaciones, ¿quién es el verdadero monstruo?

Cormack cerró los ojos y exhaló por puro reflejo. La maga se preparó para una represalia por lo que había dicho, pero esta no llegó.

Cormack la soltó, pero la mujer no se atrevió a levantarse de inmediato, como si esperara alguna trampa. Al cabo de unos momentos, se puso en pie y se acercó a

Cormack. Mucho. Demasiado. Cormack no se inmutó. La maga se inclinó para observarlo con lo que quizá en otro tiempo hubiera sido curiosidad. Dio un paso atrás y se llevó una mano a la cara.

Los dedos puntiagudos se hundieron en la mejilla y tiraron de la carne muerta sin cuidado ni interés. No apartó la vista de Cormack. De repente, los dedos se detuvieron y se apartaron bruscamente del rostro. Entre ellos se retorció un gusano. La maga se lo lanzó. El gusano golpeó a Cormack en la cara y cayó al suelo.

—Nadie quería esto —dijo ella con voz firme—. Convertirse en una burla de todo lo que había sido en vida. Que nuestra existencia diaria fuera estar bajo el yugo una entidad que te obliga a perpetrar actos inefables. Para que, ahora que tenemos voluntad propia, nos encontremos en un mundo que nos considera algo de lo que hay que deshacerse. Renegados por imposición del mundo.

Cormack agarró con más fuerza el mango del martillo de guerra que sostenía a su lado.

—Pero nuestra Dama Oscura cambió todo eso —prosiguió la maga—. Dio sentido a esta existencia. Construyó un lugar para nosotros en este mundo miserable donde no tenemos que vigilar nuestras espaldas constantemente ni preguntarnos si merecemos existir.

Señaló a los demás.

—Un lugar en toda Azeroth donde nadie intenta enterrarnos de nuevo.

Se hizo el silencio.

—Si la muerte te supone un desafío tan insoportable, estaremos encantados de ayudarte.

Se dibujó una tímida sonrisa en su rostro mientras los demás supervivientes se reunían detrás de ella en señal de solidaridad.

—No necesito ayuda. Ni la tuya ni la de nadie.

Cormack agachó la cabeza mientras el grupo regresaba a la hoguera, que seguía apagada. El bosque observaba. Los supervivientes hablaron rápidamente entre sí y luego se marcharon, dejando a Cormack solo una vez más.

«¿Es esta mi elección?».

Posó la mirada en el tabardo. Durante un instante muy breve, volvió a ver sus recuerdos con claridad. Permanecía firme, con los hombros rectos y sintiendo el peso de aquella prenda nueva que se había ganado con esfuerzo. Siempre orgulloso e





inquebrantable, su mente rememoró los elogios del comandante por sus victorias.

Recordaba haber creído en la causa de la Cruzada Escarlata. Recordaba la convicción que complementaba aquella inflexible fe. Ahora contemplaba lo que quedaba de ella. Su tabardo colgaba hecho jirones en la muerte. Era una reliquia, igual que él.

Agarró el emblema de la Cruzada Escarlata y se lo arrancó del pecho. La tela se desgarró en tiras irregulares al desprenderse de su armadura, antes de que Cormack la dejase caer al suelo sin reverencia alguna.

Poco después, también cayó el martillo. Golpeó el suelo con un sonido sordo. Cormack comenzó a caminar hacia delante con la mirada fija en algo que solo él podía ver.

Más tarde, una mano recogió el martillo del lugar donde había caído. Estaba mellado, pero la mano lo trató con la reverencia que merecía.

Un dedo recorrió el desgastado mango de arriba abajo y, con él, las marcas de tantos años de uso y cuidado diligentes. El dedo continuó examinándolo hasta detenerse en un grabado apenas visible, casi borrado por el desgaste y el paso del tiempo. Era un mensaje tallado por unas manos conocidas. Unas palabras importantes para todo paladín que hubiera hecho un juramento a la Luz Sagrada.

«No'Dara'dor».

Servimos.

La Luz titiló débilmente a lo largo del martillo de guerra mientras la mujer pensaba en su dueño original, como si esperara su regreso.

Cormack se encontraba al pie de su PROPIA tumba.

La tierra estaba revuelta, escarbada desde dentro. Su regreso al mundo de los vivos había sido tan violento como su partida. La tumba abierta lo llamaba. Se arrodilló y hundió los dedos en la tierra removida del borde. La llamada del olvido era oscura y acogedora.

—Qué extraño. En esa lápida no pone «Cormack el Cobarde».

Cormack estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había llegado otra persona. Tampoco importó.

—Imaginaba que aparecería alguien para volver a echarme tierra encima —dijo sin

volverse hacia la voz.

—Y sería una verdadera lástima —fue la respuesta que obtuvo—. Has dedicado toda tu vida a servir a los demás, no a rendirte cuando las cosas se ponen difíciles.

Cormack se volvió bruscamente. Primero llegaron la ira y las acusaciones. A la defensiva. Preparadas. Como si aquella pregunta le hubiera rondado la mente todo ese tiempo.

—¿Y qué sabrás tú de mí? —le espetó a la recién llegada.

Su ira se atemperó al contemplar a quien tenía delante. La criatura que le hablaba se expuso a la luz de la luna con una postura firme, pero con un cuerpo que ya no estaba entero. Tenía el cabello del color de una rosa roja marchita, corto y pegado a la mandíbula. Era el peinado que llevaría alguien que espera entrar en batalla, no recibir elogios. Práctico, deliberado y funcional. Su armadura transmitía lo mismo. Llevaba una armadura de placas forjada en tonos púrpuras, aunque ahora con un brillo deslucido. Cormack se dio cuenta que no estaba descuidada, sino que había perdido su lustre por un uso prolongado. Supuso que, al igual que su dueña, no estaba hecha para brillar, sino para durar. Pero, sin lugar a dudas, fueron sus ojos los que le dejaron claro quién era. Unos ojos que conservaban la conciencia, pero que carecían de toda vida. Estaba muerta, igual que él.

La muerte le había dado forma, la supervivencia la había templado y algo inexplicable la había impulsado a seguir adelante.

—Más de lo que crees —dijo con calma—. Me llamo Danitha y elegí llenar mi tumba, no regresar a ella.

Cormack cerró el puño con fuerza junto al costado. El silencio se prolongó entre ambos. Finalmente, Cormack habló:

—Entonces, elegiste mal.

—O elegí el camino más difícil —respondió ella mientras Cormack le daba la espalda.

—No existen elecciones —dijo él con frialdad—. Solo las imprescindibles para monstruos como nosotros.

—¿Imprescindibles? ¿Para quién? —preguntó ella.

El golpe de los huesos de la mano de Cormack contra la placa de su peto evidenció el regreso de su ira.

—Para mí —dijo tajantemente—. Para algo rechazado por la Luz. Temido por aquellos a quienes juré proteger. —Bajó la cabeza para observar la tumba—. Así es.

Hubo otra pausa.

—No —insistió ella.

Cormack dejó escapar un suspiro cansado y burlón, como si su decisión ya estuviera tomada.

—Déjame en paz.

—Como quieras —respondió ella—. Pero, antes, ayúdame a entender algo. —Se acercó un paso—. La Luz te rechaza —dijo la mujer sin tapujos—. Te desgarras cada vez que recurres a ella. Y, aun así, pese al terrible precio que debes pagar, sigues recurriendo a ella. Qué curioso —sentenció.

Cormack permaneció completamente inmóvil.

—No necesito ojos para ver que estás sufriendo.

Cormack soltó una carcajada como respuesta. Una risa breve y amarga, sin el menor atisbo de alegría.

—Confundes toda una vida de entrenamiento y reflejos con un propósito.

—Y tú confundes esto con nobleza.

Esas palabras sentaron a Cormack como un golpe de lleno en las grietas de su armadura mental. Se volvió hacia ella con un destello de hirviente ira detrás de los ojos.

—Tal como yo lo veo —continuó ella—, solo hay dos cosas que impiden que los que conservamos nuestra voluntad regresemos al olvido. La primera es tener la fuerza suficiente como para mantenernos en pie cuando el mundo nos rechaza. La segunda, conservar la voluntad de luchar pese a todo.

La luz antinatural de los ojos de Cormack titiló ligeramente mientras luchaba contra la ira que aumentaba en su interior, pero ella continuó:

—Ya has demostrado dos veces que eres capaz de ello. —Se acercó un paso—. Lo que tengo delante es muchísimo más importante que lo que dejas atrás.

Cormack la observó atentamente.

—¿Por qué me has seguido?

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Danitha mientras alzaba las manos con las palmas hacia arriba, como si la hubieran pillado contando una mentira.

—Quería asegurarme. —Inclinó la cabeza—. Así que hazme un favor y sácame de dudas. ¿Por qué soportas el sufrimiento de la Luz?

Cormack no contestó. La pregunta hizo aflorar recuerdos distantes pero orgullosos desde los recovecos de su mente, como si intentara rememorar un sueño. Momentos importantes de su vida, borrados por la no-muerte.

—Mi maestro siempre decía que los paladines se fundaron como un ideal. Debíamos luchar por los indefensos. Hacía hincapié en ello tras cada lección.

Cormack levantó la cabeza para mirarla, intrigado. Aquellas palabras le resultaban familiares, como si ya las hubiera oído antes, pero hubieran caído en el olvido por culpa de la muerte.

Lo siguiente lo soltó sin más:

—Tu padre. Gavinrad el Temible.

El mundo de Cormack se detuvo y se redujo al pequeño espacio que los separaba. Danitha se llevó una mano a la espalda con lentitud.

—Y lo que él te dio —añadió casi con tono despreocupado— no debería dejarse de lado jamás.

El martillo de guerra cayó al suelo, a los pies de Cormack. Este contempló el arma como si fuera la primera vez que la veía. Las correas desgastadas. La cabeza del martillo agrietada. Y el mensaje que su padre había dejado para él en el mango. Movié la mano sin pensar para coger lo que parecía una parte de sí mismo perdida y encontrada de nuevo. Lo tocó.

Un recuerdo regresó súbitamente. Calidez. La sonrisa de un rostro con barba. Una voz firme y una mano sobre sus temblorosos hombros.

«En el mundo hay muchos problemas que no tienen fácil respuesta, hijo. Mientras lidiamos con nuestras decisiones, por nimias o importantes que sean, recuerda que la Luz siempre estará contigo. Debes estar dispuesto a pedirle ayuda con todo tu corazón».

El recuerdo volvió a difuminarse. En su lugar, a Cormack lo recorrió una sensación de propósito. Cayó de rodillas y pronunció una ferviente plegaria por primera vez desde que había despertado. Pidió que se le mostrara el camino: quedar libre de la no-muerte o soportarla hasta el final. La Luz no tardó en responder.

Las energías sagradas provocaron que cada palmo de Cormack ardiera. Buscando.

Quemando. Consumiendo. Cada fibra de su ser gritaba mientras la Luz se abría paso por su cadáver con un calor tan intenso que Cormack creyó que la respuesta que había recibido era la incineración. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron y desgarraron hasta mutilar aún más su semblante. La cordura estuvo a punto de quebrarse bajo el peso del dolor que lo abrumaba. Su mente le gritaba que resistiera, que rechazara lo que le estaba sucediendo. Con el último resquicio de cordura que le quedaba, Cormack abrió lentamente los brazos.

—Padre —susurró con una voz demasiado débil como para que nadie pudiera oírla.

La conflagración de Luz se retorció y ardió ante su súplica, y las energías sagradas brillaron con más intensidad que antes, hasta detenerse súbitamente. La oscuridad volvió a apoderarse del espacio entre los dos paladines. Cormack no se atrevió a moverse. El dolor de su plegaria seguía presente en su forma maldita, pero ahora se removía en su interior. Había cambiado. La agonía permanecía, pero algo completamente nuevo subyacía a él.

Calidez. Esperanza. Las bendiciones de la propia Luz.

Cormack abrió los ojos de par en par ante aquella revelación. Le brillaban las manos; la Luz resplandecía alrededor de sus dedos, no devorándolos, sino posándose sobre ellos. Sanándolos. Flexionó los dedos y se llevó una mano al rostro para tocar la carne muerta que había debajo. Y, por primera vez desde su regreso, sintió algo. Lo sintió de verdad. Frío. Aspereza. Algo auténtico. Cormack alzó la mirada hacia Danitha.

—No estás solo —dijo ella en voz baja—. Mereces estar entre nosotros, hermano.

Le tendió la mano.

—Esarus no'Darador, hijo de Gavinrad. —Aquellas palabras le llegaron más hondo que todas las anteriores—. Por sangre y honor —dijo—, aún puedes servir.

La frase pronunciada en la lengua antigua permaneció en su mente. Era un juramento. Una promesa. La había pronunciado en vida y ahora se le había devuelto en la muerte. Cormack agarró la muñeca de Danitha, que tiró de él hacia arriba con firmeza. Ahora sujetaba el martillo con fuerza. Cuando Cormack vio su sonrisa, algo en su interior sintió serenidad por primera vez. No había recuperado su forma ni era perfecto, pero se sentía completo. Cormack se alejó de la tumba.

—Muéstrame el camino a casa, hermana.

